El artista Martín Chirino 'dentro' de su escultura 'Viento Solano VI', ayer, en la Galería Senda. /ANTONIO MORENO

Arte / Exposición

# La mitología de la espiral, de la isla y del gesto

## El escultor Martín Chirino inaugura en la Galería Senda la muestra 'Sobre la Espiral del Viento y más...'

VANESSA GRAEL / Barcelona

Un niño se tumba en una playa desierta, bajo el cielo azulísimo y limpio del invierno canario. El viento sopla fuerte sobre la arena, levantándola, arrastrándola, llevándosela. Y la arena sube y sube en el aire, como en una danza mágica, sinuosa, trazando espirales. Y se funde con las dunas ante la mirada asombrada del niño, que se quedará prisionero para siempre de esas espirales en el aire. A sus 89 años y lejos de la Playa de las Canteras de Gran Canaria donde creció, Martín Chirino sigue «obsesionado con la espiral». Y se ha pasado toda la vida reproduciéndola en sus esculturas de metal, asiendo lo inasible, materializando el viento y el paisaje con un hierro liviano, ligero, primordial.

«Ese paisaje de arena y roca, ese origen del universo, la extrañeza, el porqué de dónde y cuándo... es el inicio de todo, lo que te capacita para crear. Como artista tienes que poseer un origen. El arte que es reconocible, que significa algo, es el que se encastra en un pasado», explicaba ayer Chirino en la Galería Senda, antes de inaugurar su nueva exposición *Sobre la Espiral del Viento y más...*, que coincide con la antológica del Círculo de Bellas Artes de Madrid. En sus magnas esculturas encierra el universo, el misterio vital, la esencia del gesto. Un gesto que captura en sus carnets de trabajo: esbozos abstractos de lo que será la escultura y que tienen mucho de la pintura gestual de los 50.

Unos años 50 que le retrotraen al mítico grupo El Paso (compuesto por Saura, Feito, Millares, Canogar, etc.), con el que rompió cánones para desarrollar una creación que reivindicara la autenticidad y huyera de todo artificio. «Éramos la primera generación de los niños de la guerra. Tuvimos que atravesar todo un desierto, un páramo vacío. Nos evadíamos por los campos de la hermosura y la exquisitez para sobrevivir. Creábamos con entusiasmo, estábamos hambrientos de belleza», recuerda el artista que hoy tiene obras en El MoMA y el Guggenheim de Nueva York, en el Reina Sofía y en el Macba.

La búsqueda incansable de la belleza ya empezó en su isla natal, donde descubrió El Barranco de Balos («lo llamábamos nuestra Capilla Sixtina») con la deslumbrante iconografía de los primeros pobladores de Canarias: los círculos concéntricos, las inscripciones y formas geométricas sobre la roca basáltica o las formaciones de tonos rojizos. «Nuestros antepasados nos dejaron el legado más hermoso, que responde a la necesidad del hombre de trascender, de justificar su existencia», dice Chirino, que volvía de forma casi obsesiva a ese lugar, en busca de fábulas, de una mitología, de una arqueología del pasado.

«El hierro es pura mitología. Los herreros son como fabuladores, alquimistas. En España tenemos una gran tradición herrera y de forja», reivindica el artista, que pese a rozar los 90 años sigue trabajando día a día, crea y esculpe con sus propias manos en su taller de Chinchón.

La delicada escultura de Chirino parece arrancada del paisaje de las islas, de su mitología, de su pasado ancestral. En su serie de *Reinos Negros* moldea máscaras africanas, tan cercanas a su tierra. Pero además rinde homenaje a los que le precedieron: a Pau Gargallo, a Picasso, a Julio González, a Chillida, a Oteiza... En *Iberia* –una espiral de movimiento, retorcida, que se enlaza en sí misma– el tributo es para Lorca, para España y para «el movimiento hermoso del torero, su extraña laxitud», explica Chirino. En *Paisaje* captura el horizonte en líneas entrelazadas. Y en las variaciones de *Viento solano* –que cuesta 200.000 euros– es cuando lo sublime se torna inefable. «La palabra infinito es algo que no podemos concebir, pero existe», dice Chirino. Y él logra encerrarlo en el vórtice que dibujan sus espirales. «El vorticismo saca de dentro todo lo que tiene que ver contigo. Es como una ceguera, como si se abriera un agujero en la tierra y te fueras hacia el fondo», añade el artista.

Miguel de Unamuno definió Canarias como una «tormenta petrificada». Y estas islas volcánicas han definido la mirada de Chirino. Él mismo lo describe: «Vivimos en las cimas, pero en la profundidad está la garganta del volcán. Desde lo alto de las montañas se ven valles tan profundos que se produce una dislocación del sentido del espacio».

El niño que se tumbaba en la playa también subía a las cimas para ver las estrellas y las constelaciones. Cuenta una vieja leyenda que en la noche del solsticio de verano, el Faicán –sacerdote de las tribus guanches– subía a la cumbre más alta para adorar las estrellas y rendir culto a la espiral, una forma primigenia, mística, de origen desconocido. Una forma que atraparía al niño.

> «En los 50 tuvimos que atravesar un desierto, un páramo vacío»

> «El hierro es pura mitología. Los herreros son como fabuladores»

## El Castillo de la Luz

A Martín Chirino le bautizaron en la Iglesia de la Virgen de la Luz. Y el Castillo de la Luz de La Palma –punto clave en la historia de la isla, enclave de defensa contra piratas y las tropas de Nelson– espera la llegada de su obra para convertirse en la sede de la Fundación Chirino. Si Lanzarote será para siempre la isla de César Manrique, La Palma es la de Chirino. Y ahí es donde tiene su Arcadia particular: Tajuya, con su valle y su río. «Es mi Arcadia. No dejo que la pisen para que no dejen huella», dice el artista. Sin embargo, él sí ha dejado huella. Y luz. Y espirales...

La escultura 'Lady' de 2013. /EL MUNDO